

Biografía de una revista universitaria

Verónica González Laporte

Un número dedicado a las revistas literarias nos pareció el lugar idóneo para reflexionar sobre nuestra propia revista y tratar de entender el papel que ha desempeñado en la cultura mexicana de las últimas nueve décadas.

En 1929 la Universidad Nacional —fundada en 1551 como Real y Pontificia Universidad de México, y a la que en 1910 Justo Sierra le dio el carácter de Nacional— obtuvo su autonomía. En noviembre de 1930 vieron la luz por primera vez las páginas de la *Revista de la Universidad*, publicación periódica que se organizó con base en los principios de estimular el diálogo y la crítica, difundir el pensamiento suscitado en el interior de la comunidad universitaria y, de manera complementaria, acercar a ella lo más valioso de la cultura universal.

Con sus 87 años de existencia casi ininterrumpida —sin contar que se trata de la continuación del *Boletín de la Universidad*, fundado en 1917—, la *Revista de la Universidad de México* es acaso la publicación viva más antigua de México. En sus más de 660 números han colaborado las más prestigiosas plumas del país, pertenecientes a todas las corrientes artísticas e ideológicas del siglo xx. Hay en sus páginas ensayos sobre temas tan diversos como la guerra de Vietnam y la Revolución mexicana; estudios de astronomía, descubrimientos en biología y matemáticas, avances en antropología, lingüística, filosofía, economía y un largo etcétera que incluye todas las áreas del saber.

En su primera época, durante los años treinta del siglo xx, se convirtió en el medio informativo del acontecer universitario. Estaba bajo la dirección de Julio Jiménez Rueda y se presentaba como el *Órgano de la*

Universidad Nacional Autónoma de México. Se hallan entre sus páginas textos traducidos de publicaciones como la *Revue Littéraire* y *The Washington Post*, poemas de Paul Valéry y André Gide, reseñas de libros de Cocteau y de Trotsky, entre otros escritores. Sus corresponsales se preocupaban por ofrecer a los lectores un panorama de la vida literaria y cultural de otros países. Con el tiempo, la revista se enfocó más en publicar autores nacionales: ensayos de Silvio Zavala, paseos coloniales de Manuel Toussaint, entrevistas de Rafael Heliodoro Valle —una de las grandes presencias en el suplemento cultural *El Universal Ilustrado*, quien además fue director de nuestra revista entre 1948 y 1949—. Se integraron además expresiones artísticas como la fotografía, el dibujo, la escultura y la música —hubo incluso una serie de suplementos musicales en 1937—, por mencionar sólo algunas.

En 1936, bajo la dirección de Miguel N. Lira, la *Revista* adquirió el apellido de *Mensual de Cultura Popular*. De acuerdo con su vocación social, se tiraban 20 mil ejemplares y se distribuían de manera gratuita. La revista estaba para entonces plenamente consolidada y era leída no sólo por los universitarios, sino por buena parte de la comunidad intelectual mexicana de su tiempo.

La publicación dejó de aparecer durante la Segunda Guerra Mundial y volvió a las prensas en octubre de 1946, bajo la dirección de Francisco González Castro,



con un carácter algo más periodístico y con el título redundante de *Universidad de México, órgano de la Universidad Nacional Autónoma de México*. Sus números eran monográficos. Colaboraban entonces escritores como José Vasconcelos, Edmundo O’Gorman y Agustín Yáñez. El formato de la portada no cambió hasta julio de 1954, cuando se empezó a utilizar una nueva tipografía y varias fotografías como ilustración. Ese mismo año nació la *Gaceta UNAM* con el cometido de ser el órgano oficial de información al interior de la Casa de Estudios. Gracias a esto, la *Revista de la Universidad de México* pudo perfilarse de nuevo como un espacio abierto para la cultura mexicana e internacional.

En la década de los cincuenta se aprecia una mirada artística tanto hacia adentro como hacia afuera: las imponentes cabezas olmecas y los cuadros de Magritte se suceden como imágenes de portada. En 1953 dio inicio una época importante para la revista, cuando Jaime García Terrés se convirtió en director y la coordinación quedó a cargo de Miguel Prieto y de Henrique González Casanova. Los dibujos eran de Alberto Gironella y entre los colaboradores se hallaban Alberto Dallal, Álvaro Mutis, Max Aub y Octavio Paz, así como un muy joven José Emilio Pacheco, quien tiempo después comenzaría a firmar la colum-

na “Reloj de arena”. Fue una época de grandes cambios: en 1952 se inauguró oficialmente la Ciudad Universitaria, proyecto desarrollado en un inmenso terreno del Pedregal de San Ángel, a cargo de un equipo de 70 arquitectos dirigidos por Enrique del Moral y Mario Pani.

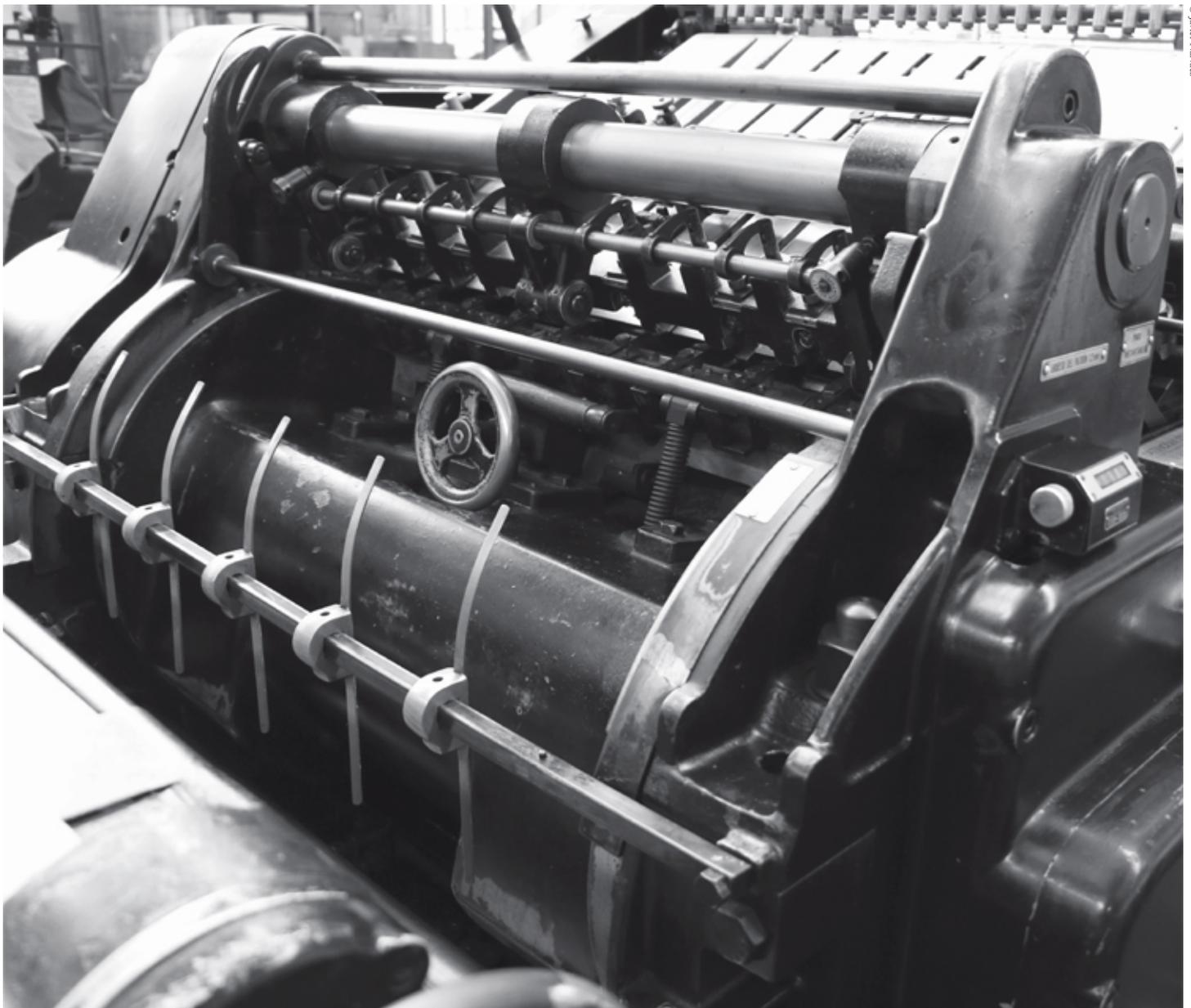
En los turbulentos años sesenta las portadas rivalizaron entre sí en ingenio y mérito gráfico; algunas fueron ilustradas por Leonora Carrington y Pedro Coronel. Bajo la dirección artística de Vicente Rojo, heredero del saber de Miguel Prieto, la revista comenzó un periodo de cambio constante en el diseño. Integró nuevas combinaciones de tintas, intercaló fotografías con pintura abstracta y clásica. En septiembre de 1966 se asignó una nueva tipografía al título: la “U” mayúscula de la *Revista de la Universidad de México* se volvió un emblema que se recuperaría en diversas épocas desde entonces. En un número memorable, el protagonista de un cuento de Carlos Fuentes adquiere en La Lagunilla una estatuilla de Chac Mool —con la panza cubierta de salsa de tomate para simular sangre de sacrificio—, la cual despierta, se pone la bata de baño de su comprador y lo corre de su propia vida. En otro texto, Luis Cardoza y Aragón contempla una jugosa mandarina pintada por Luis García Guerrero...

En estos años se editaron números especiales dedicados al cine, a cargo del propio Fuentes, Emilio García Riera y José de la Colina. Con su característica mordacidad, Carlos Monsiváis retomó el vals de Macedonio Alcalá “Dios nunca muere” para detonar una crónica playera. Los temas monográficos fueron tan diversos como el cosmos, el sureste asiático, Lenin, la cultura japonesa o William Faulkner. En cuanto a la ilustración, los años cincuenta y sesenta están marcados por la influencia de la plástica norteamericana con obras de Jackson Pollock, Franz Kline, Mark Rothko y Andy Warhol.

En el último cuarto del siglo xx, la revista mantuvo su carácter eminentemente cultural y literario. En los años setenta fue dirigida sucesivamente por tres destacados escritores: Hugo Gutiérrez Vega, Arturo Azuela y Julieta Campos, quien fue la primera mujer en encabezar la publicación. En el editorial de presentación, Campos indicó entonces que su objetivo era convertir a la revista en un “reducto de lucidez apasionada en el

confuso océano de querellas y etiquetas que suscita, en nuestros días, tantos naufragios”. Posteriormente, durante las gestiones de Federico Reyes Heróles, Horacio Labastida, Fernando Curiel y Alberto Dallal, la revista buscó adaptarse a los nuevos tiempos. Con Dallal, quien en su juventud fue miembro de la redacción, los temas científicos cobraron una especial relevancia. Ya en el nuevo siglo, el director Ricardo Pérez Monfort enfatizó las humanidades y añadió un suplemento mensual sobre libros. En 2004, con Ignacio Solares al frente, la revista se fusionó con otra de las publicaciones de la UNAM: *Los Universitarios*, fundada en 1973.

Como puede verse a través de este breve recuento, la *Revista de la Universidad de México* es un valioso testimonio de la cultura del siglo xx. Gracias a que todos los números están disponibles en línea, los lectores contemporáneos, especialistas y aficionados, pueden conocer de primera mano el acervo histórico de la publicación; sirvan estas páginas como una invitación para acercarse a él. **U**



Imprenta Universitaria de México

© Javier Narváez